

ción gótica que se veía cerca de los molinos de Villeneuve-l'Archevêque, hablaba de un Jacobo Moreau que los había reedificado en 1596; y la tumba de su hijo, Pedro Moreau, primer escudero del Rey Luis XIV, se hallaba en la capilla de San Nicolás.

Tanta nobleza fascinaba al Sr. Roque, hijo de un antiguo sirviente. Si la corona condal no venía, se consolaría con otra cosa; porque Federico podría llegar á la diputación cuando el señor Dambreuse fuese nombrado Par, y entonces ayudarle en sus negocios, obtenerle suministros, concesiones. El joven le agradaba, personalmente. En fin, que lo quería por yerno, porque desde hacía mucho tiempo, se había picado en aquella idea, que se agrandaba cada vez más.

Al presente visitaba la iglesia, y había seducido á la señora de Moreau ante la esperanza del título principalmente. Habíase guardado ella, sin embargo, de darle una respuesta decisiva.

En resumen, que ocho días después, sin que compromiso alguno se hubiera formado, Federico pasaba por ser el «futuro» de la señorita Luisa; y el tío Roque, poco escrupuloso, los dejaba juntos en ocasiones.



V

DESLAURIERS se había llevado de casa Federico la copia del acta de subrogación, con un poer en forma que le confería su representación plena; pero cuando subió sus cinco pisos y estuvo solo, en su triste gabinete, en su sillón de badana, la vista del papel sellado le descorazonó.

Estaba harto de aquellas cosas y de los *restaurants* de una peseta sesenta céntimos, de los viajes en ómnibus, de su miseria, de sus esfuerzos. Cogió de nuevo los papeles; algunos otros andaban por allí; y eran los prospectos de la compañía hullera con la lista de las mi-

nas y el detalle de su contenido, que Federico le dejó para conocer su opinión.

Una idea le ocurrió: la de presentarse en casa del Sr. Dambreuse y pedirle la plaza de secretario. Aquella plaza seguramente que no iba á concederse sin la adquisición de cierto número de acciones. Reconoció la locura de su proyecto; y se dijo:

—¡Oh, no; estaría mal hecho!

Entonces buscó el medio de que se valdría para recobrar las quince mil pesetas. Semejante suma nada suponía para Federico. Pero si él la hubiera tenido, ¡qué palanca! Y el antiguo pasante se indignó de que la fortuna del otro fuese grande.

—Hace de ella un uso deplorable. Es un egoísta. Y yo me río de sus quince mil pesetas.

¿Por qué las había prestado? Por los lindos ojos de la señora de Arnoux. ¡Era su amante! Deslauriers no lo dudaba. He ahí una cosa más para qué sirve el dinero. Y le dominaron pensamientos de odio.

Después pensó en la persona misma de Federico; que siempre había ejercido sobre él un encanto, casi femenino, y pronto llegó á admirarlo por un éxito de que él se consideraba incapaz.

Sin embargo, acaso la voluntad no consti-

tuye el elemento capital de las empresas, y ella se triunfa de todo?..

—¡Ah, será preciso!

Pero se avergonzó de aquella perfidia, y un minuto después se preguntó:

—¡Bah! ¿es que tengo miedo?

La señora de Arnoux (á fuerza de oír hablar de ella) había acabado por grabarse en su imaginación extraordinariamente. La persistencia de aquel amor le irritaba como un problema. Su austeridad, un tanto teatral, le fastidiaba ahora. Por otra parte la mujer de mundo (ó la que juzgaba por tal) deslumbraba al abogado como el símbolo y el resumen de mil placeres desconocidos. Pobre, anhelaba el lujo bajo su forma más clara.

—Después de todo, si se enfadara, peor para él. Se ha conducido bastante mal conmigo para que yo me contraríe. Nada me confirma que sea ella su amante. El me lo ha negado, luego soy libre.

El deseo de aquella empresa ya no le abandonó. Era como una prueba de sus fuerzas la que quería hacer. Hasta tal punto, que un día, de repente, embetunó él mismo sus botas, compró guantes blancos, y se puso en camino, sustituyéndose á Federico é imaginándose casi ser él, por una singular evolución intelectual en que en-

traban á la vez venganza y simpatía, imitación y audacia.

Se hizo anunciar como «el doctor Deslauriers.»

La señora de Arnoux se sorprendió, porque no había llamado á ningún médico.

—Mil perdones, soy doctor en Derecho. Vengo en representación de los intereses del Sr. Moreau.

Aquel nombre pareció turbarla.

—¡Tanto mejor!—pensó el antiguo pasante; puesto que lo ha querido á él, me querrá á mí; animándose con la idea admitida de que es más fácil suplantar á un amante que á un marido.

Había tenido el gusto de encontrarla una vez en el Palacio de Justicia, hasta citó la fecha. Tanta memoria admiró á la señora de Arnoux. Y añadió en tono suave:

—Ya tenían ustedes... algunas dificultades... en sus negocios.

Ella no contestó nada, luego era verdad.

Púsose á hablar de varias cosas, de su alojamiento, de la fábrica; después, apercibiendo á los lados del espejo, algunos medallones, dijo:

—¡Ahl retratos de familia, sin duda.

Y se fijó en uno de anciana, la madre de la señora de Arnoux.

—Tiene todo el aire de una excelente persona, un tipo meridional.

Y á la observación de que era de Chartres, añadió:

—Chartres, linda villa.

Elogió la catedral y las pastas de la porcelana, luego volviendo al retrato, encontró en él parecido con la señora de Arnoux, y le lanzaba indiscretas adulaciones; ella no se fijó. Tomó él confianza y manifestó que conocía á Arnoux desde hacía mucho tiempo.

—Es un muchacho excelente, pero que se compromete. Por ejemplo, respecto de esta hipoteca, no se concibe una ligereza...

—Sí, ya sé,—dijo ella encogiéndose de hombros.

Aquel testimonio involuntario de menosprecio, animó á Deslauriers á continuar.

—Su historia del kaolín, quizás lo ignore usted, ha podido acabar muy mal, y aun su reputación...

Un fruncimiento de cejas le detuvo.

Entonces encerrándose en las generalidades, compadeció á las pobres mujeres cuyos esposos malgastan la fortuna..

—Pero sí es de él, caballero; yo no tengo nada.

No importa. No se sabía... Una persona de experiencia podría servir. Y se esplayó en ofre-

cimientos desinteresados, exaltó sus propios méritos, y la miraba á la cara, á través de sus gafas que relucían.

Una vaga confusión la sobrecogía; pero de repente dijo:

—Ruego á usted que veamos el negocio.

El exhibió el legajo.

—Este es el poder de Federico. Con semejante título en manos de un alguacil, que pediría una citación, nada más sencillo; en veinticuatro horas... (Ella permanecía impasible; entonces él cambió de maniobra.) Yo, por mi parte, no comprendo lo que le lleva á reclamar esta suma, porque lo cierto es que para nada la necesita.

—¿Cómo? El Sr. Moreau es bastante bueno para...

—¡Oh! de acuerdo.

Y Deslauriers emprendió su elogio; después pasó á denigrarle, muy suavemente, considerándolo olvidadizo, avaro.

—Yo le creía amigo de usted, caballero.

—Eso no me impide ver sus defectos. Así que él agradece muy poco... ¿cómo diría yo? la simpatía...

La señora de Arnoux volvía las hojas del grueso cuaderno, y se detuvo para pedirle explicación de una palabra.

Inclinóse él sobre su hombro, y tan cerca de

ella, que rozó su mejilla. Ella se ruborizó; rubor que inflamó á Deslauriers, besándola vorazmente su mano.

—¿Qué hace usted, caballero?

Y de pié contra la pared, le retenía inmóvil, ante sus grandes ojos negros irritados.

—Escúcheme usted, yo la amo.

Ella lanzó una carcajada, risa aguda, desesperante, atroz. Deslauriers sintió que la cólera, le estrangulaba. Se contuvo, y con la cara de un vencido que pide perdón, dijo:

—¡Ah! hace usted mal. Yo no obraré como él.

—¿Pero de quién habla usted?

—De Federico.

—¡Eh! El Sr. Moreau me inquieta poco, ya se lo he dicho a usted.

—¡Oh! Perdón... perdón,

Después, con voz mordaz y dejando caer sus frases, añadió:

—Pues yo creía que se interesaba usted lo bastante por su persona, para saber con placer...

Púsose ella pálida. El antiguo pasante agregó:

—Va á casarse.

—¡El!

—Dentro de un mes, lo más tarde, con la señorita Roque, la hija del administrador del señor Dambreuse. Y hasta ha marchado á Nogent, sólo para eso.

Llevó ella la mano á su corazón, como si recibiera el choque de un gran golpe; pero inmediatamente tiró de la campanilla. Deslauriers no esperó que lo pusieran en la puerta. Cuando ella se volvió había desaparecido.

La señora de Arnoux estaba algo sofocada, y se acercó á la ventana para respirar.

Del otro lado de la calle, en la acera, un embalador, en mangas de camisa, clavaba una caja. Pasaban algunos coches de alquiler. Cerró la ventana y volvió á sentarse. Las altas casas vecinas interceptaban el sol y una fría claridad entraba en la habitación. Sus hijos habían salido, nada á su alrededor se movía.

—Va á casarse, ¿es posible?

Y un temblor nervioso la sobrecogió.

—¿Por qué es esto? ¿Es que le amo?

Después, repentinamente, añadió:

—¡Sí, le amo... le amo!

Parecíale que descendía él hasta algo profundo que ya no acabaría. En el reló dieron las tres; oyó apagarse las vibraciones del timbre, y permaneció al lado de la butaca, con las pupilas fijas y siempre sonriente.

Aquella misma tarde, en aquel mismo momento, Federico y Luisa se paseaban en el jardín que el Sr. Roque poseía al extremo de la isla. La vieja Catalina los vigilaba, de lejos; iban juntos y Federico decía:

—¿Se acuerda usted cuando la llevaba á usted al campo?

—¡Qué bueno era usted conmigo!—contestó ella.—Me ayudaba usted á hacer tortas con arena, á llenar mi regadera, á meceme en el columpio.

—Todas las muñecas de usted tenían nombres de reinas ó marquesas, ¿qué ha sido de ellas?

—No lo sé verdaderamente.

—¿Y su perrillo de usted, Moricand?

—Se ahogó el pobrecillo.

—¿Y aquel *Don Quijote*, cuyos grabados pintábamos juntos con colores?

—Todavía lo tengo.

Recordóle él el día de su primera comunión, y lo monina que estaba en las vísperas con su velo blanco y su gran cirio, mientras desfilaban todos alrededor del coro y sonaba la campana.

Aquellos recuerdos tenían sin duda poco encanto para la señorita Roque; no tuvo nada que contestar, y un minuto más tarde, dijo:

—¡Malo! que ni una sola vez me ha dado noticias tuyas. Federico se disculpó con sus numerosos trabajos.

—¿En qué, pues, se ocupa usted?

Le turbó un tanto la pregunta, y después manifestó que estudiaba la política.

—¡Yal

—Y sin más interrogar, añadió:

—¡Eso le ocupa á usted; pero yol...

Entonces le contó la aridez de su existencia sin ver á persona alguna, sin el menor placer, sin la más pequeña distracción. Desearía montar á caballo.

—El vicario pretende que eso es inconveniente para una joven; ¡qué necias son las conveniencias! En otros tiempos me dejaban hacer cuanto quería; ahora, nada.

—Sin embargo, su padre de usted la ama.

—Sí; pero...

Y lanzó un suspiro que significaba: Esto no basta á mi dicha.

Hubo un instante de silencio, en que no se oía sino el crujido de la arena bajo sus piés con el murmullo de la cascada; porque el Sena, más arriba de Nogent, se divide en dos brazos. El que mueve los molinos desagua en aquel sitio la superabundancia de sus ondas, para reunirse más abajo al curso natural del río; y cuando se viene de los puentes, percíbese, á la derecha, en el otro ribazo, un declive de césped que domina una casa blanca. A la izquierda, en la pradera, se extienden los álamos, y el horizonte, en frente, se halla cortado por una cueva del río, liso como un espejo entonces; sobre sus tranquilas aguas patinaban grandes insectos. Grupos de

cañas y juncos lo limitan desigualmente; toda clase de plantas echa allí sus botones de oro, ó deja colgar sus amarillos racimos, ó hiergue sus varas de flores de amaranto, ó forma al acaso verdes mazorcas. En una ensenada de la margen se asentaban algunas nenúfaes, y una hilera de añosos sauces que ocultaban trampas para lobos, eran toda la defensa del jardín, por aquel lado de la isla.

Detrás, en el interior, cuatro paredes un ballete de pizarras encerraban la huerta, cuyos cuadros de tierra, recientemente labrados, formaban oscuras plantaciones. Las campanas de los melones brillaban en fila sobre su estrecha cama; las alcachofas, las judías, las espinacas, las zanahorias y los tomates alternaban hasta dar en un plano de espárragos, que parecía un bosquecillo de plumas.

Todo aquel terreno había sido, en los tiempos del Directorio, lo que llamaban *una locura*. Los árboles, desde entonces, habían crecido desmesuradamente. La clemátida se mezclaba á los sétos, los caminos estaban cubiertos de musgo, por todas partes abundaban las zarzas. Los trozos de estátua desmenuzaban su enlucido debajo de las yerbas. Al andar era fácil enredarse en los pedazos de alguna pieza de alambre. No quedaba ya del pabellón más que dos habitaciones del piso bajo con girones de papel azul. De-

lante de la fachada avanzaba un enrejado á la italiana, donde, sobre pilares de ladrillo, sostenía una parra una verja de madera.

Llegaron allí debajo ambos, y como la luz pasaba por los desiguales agujeros del verde, Federico, que hablaba á Luisa de lado, observaba sobre su rostro la sombra de las hojas.

Llevaba el moño de sus cabellos rojos atravesado por una aguja terminada en una bola de vidrio imitando esmeralda; y á pesar de su luto (tan nativo era su mal gusto), pantuflas de paja guarnecidas de raso encarnado, curiosidad vulgar, comprada indudablemente en alguna feria.

Viólas él y la felicitó irónicamente.

—No se ría usted de mí,—dijo ella.

Considerándolo después todo entero, en conjunto desde su sombrero de fieltro gris hasta sus calcetines de seda, añadió:

—¡Qué coquetón es usted!

Enseguida le rogó que le indicara algunas obras que leer. Él le designó muchas, y ella agregó:

—¡Qué sabio es usted!

Desde muy pequeña, sintió uno de esos amores que tienen á la vez la pureza de una religión y la violencia de una necesidad. Él había sido su camarada, su hermano, su maestro, había distraído su espíritu, hecho palpitar su corazón y derramado involuntariamente hasta lo

más íntimo de ella una embriaguez latente y continúa. Luego la había dejado en plena crisis trágica, apenas muerta su madre, confundiéndose una y otra desesperación. La ausencia lo había idealizado en su recuerdo; volvía con una especie de aureola, y entregábase ella ingenuamente á la dicha de verle.

Por la primera vez de su vida, sentíase Federico amado; y áquel placer nuevo, que no traspasaba el orden de los sentimientos agradables, le producía como una íntima expansión.

Una gruesa nube corría por el cielo en aquel momento.

—Se dirige hacia París—dijo Luisa—¿no es verdad que quisiera usted seguirla?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Quién sabe!

Y penetrándolo con una aguda mirada, añadió:

—Quizás tenga usted allí... (buscó la palabra algún afecto.

—Yo no tengo afecciones.

—¿Seguramente?

—Pues sí; señorita, seguramente.

En menos de un año se había operado en la joven una transformación que admiraba á Federico. Después de un minuto de silencio, agregó:

—Debíamos tutearnos como en otro tiempo, ¿quiere usted?

—No.

—¿Porqué?

—¿Porqué?

Insistió él, y ella contestó bajando la cabeza:

—No me atrevo.

Habían llegado al extremo del jardín, hasta la orilla del Livon. Federico, por tunantería, se puso á tirar piedras. Ordenóle ella que se sentara; obedeció y mirando á la cascada, dijo:

—Como el Niágara.

Y empezó á hablar de las comarcas lejanas y de los grandes viajes; á ella le encantaba la idea de emprenderlos; no hubiera tenido miedo de nada, ni de las tempestades, ni de los leones.

Sentados el uno junto al otro, cogían puñados de la arena que tenían delante; después, sin cesar de hablar, la dejaban escapar de sus manos; y el viento cálido que llegaba de las llanuras les traía bocanadas del perfumoso lavanda y el olor de la brea que salía de una barca, detrás de la exclusiva. El sol daba en la cascada; los verdosos bloques de la paredilla por donde el agua corría, aparecían como bajo una gasa de plata continuamente rodando. Una larga barra de espuma brotaba al pié, cadenciosamente, y luego formaba torbellinos, mil corrientes opuestas, y acababa por confundirse en un solo y límpido lienzo.

Luisa murmuró que envidiaba la existencia de los peces.

—¡Debe ser tan dulce rodar ahí dentro, á su gusto, sentirse acariciado por todas partes!

Y se estremía con movimientos de un mimo sensual.

Pero una voz gritó:

—¿Dónde estás?

—La criada llama—dijo Federico.

—Bien, bien.

Luisa no se movía.

—Va á incomodarse—añadió él.

—Me es indiferente, y además...—la señorita Roque dió á entender, con un gesto, que la tenía á su discreción.

Sin embargo, se levantó; quejóse á seguida de dolor de cabeza; y al pasar por delante de un amplio cobertizo, lleno de leña, dijo:

—Si nos metiéramos debajo al *regode*.

Él fingió no comprender aquella palabra de *jerga*, y aún la bromeó sobre su acento. Poco á poco los extremos de su boca se juntaron, se mordía los labios, y hasta se separó enfurruñada.

Federico se reunió á ella, juró que no había querido molestarla y que la quería mucho.

—¿Es eso verdad?—exclamó ella mirándole, y con sonrisa que iluminaba todo su semblante, un tanto sembrado de manchas de salvado.

No resistió Federico á aquella valentía de sentimiento, á la frescura de su juventud, y repuso:

—¿Por qué te había de mentir? tu dudas... ¿eh? —y pasó su brazo izquierdo alrededor de su cintura.

Un grito suave como un arrullo se escapó de su garganta; su cabeza se hizo atrás, desfallecía, él la sostuvo. Y los escrúpulos de su probidad fueron inútiles; ante aquella vírgen que se ofrecía tuvo miedo. La ayudó enseguida á dar algunos pasos dulcemente. Sus caricias de lenguaje habían cesado, y no queriendo decir ya sino cosas insignificantes, le habló de las personas de la sociedad de Nogent.

De repente le rechazó ella, y le dijo con tono amargo:

—¡No tendrás valor para llevarme!

El permaneció inmóvil con aire de gran aturdimiento. Rompió ella en sollozos, y hundiendo su cabeza en el pecho, añadió:

—¿Puedo yo vivir sin tí?

Procuraba él tranquilizarla; púsole ella sus dos manos sobre los hombros para mirarle mejor frente á frente, y fijando en las suyas sus verdes pupilas, casi ferozmente húmedas, preguntó:

—¿Quieres ser mi marido?

—Pero... —replicó Federico, buscando algu-

na respuesta. —Sin duda... no deseo otra cosa.

En aquel momento apareció el gorro del señor Roque detrás de una lila.

Condujo á su joven amigo durante dos días al rededor de sus propiedades; y al volver Federico del pequeño viaje, encontró en casa de su madre tres cartas.

La primera era del Sr. Dambreuse invitándole á comer para el martes precedente. ¿Por qué aquella cortesía? Luego le habían perdonado su desahogo.

La segunda era de Rosanette, que le daba gracias por haber arriesgado su vida por ella; Federico no comprendió al principio lo que quería decir; por fin, después de muchos embajes, imploraba, invocando su amistad, confiando en su delicadeza, de rodillas, decía, vista la urgente necesidad, y como se pide pan, un pequeño socorro de quinientas pesetas. Decidióse á enviárselas inmediatamente.

La tercera carta procedía de Deslauriers, hablaba de la subrogación y era larga, oscura. El abogado no había aún tomado partido alguno. Le animaba á no molestarse: «Es inútil que vuelvas», insistiendo sobre esto de una manera extraña.

Federico se perdió en toda clase de conjeturas, y entró en deseos de irse; aquella pretensión de gobernar su conducta, le resolvía.

Por otra parte, la nostalgia del bulevar empezaba á dominarle; y después, su madre le daba tal prisa; el Sr. Roque se movía tanto á su alrededor y la señorita Luisa le amaba con tanta fuerza, que no podía permanecer ya mucho tiempo sin declararse. Tenía necesidad de reflexionar, juzgaría mejor de las cosas en el alejamiento.

Para motivar su viaje, Federico inventó una historia, y se marchó, diciendo á todo el mundo que volvería pronto.



VI

SU regreso á París no le produjo placer alguno; era por la noche á fines del mes de Agosto; el bulevar parecía vacío, los transeuntes se sucedían con ceñudos semblantes, á trechos se veía una caldera de asfalto que humeaba, y muchas casas tenían sus persianas enteramente cerradas. Llegó á la suya, el polvo cubría las colgaduras, y al comer, completamente solo, dominó á Federico un extraño sentimiento de abandono; entonces pensó en la señorita Roque.

La idea de casarse no le pareció ya exorbitante. Viajarían, irían á Italia, á Oriente. Y la contemplaba de pié sobre un montículo, admi-